

Bajo las ramas del granado

Bianca Rosales

Mi abuelita siempre se ha vestido con faldas largas que le rosan los talones al caminar y rebozos sobre su lindo cabello negro. Al pasar por el jardín se convierte en una reina llena de orgullo y felicidad al ver su más preciado tesoro florecer. Ha sido aquí, en este hermoso lugar donde siempre ha convivido nuestra familia; solíamos tener fiestas de cumpleaños y posadas entre los árboles y las flores, pero a mí me fascinaban las noches en que mi abuelita y mis tíos hacían gorditas de horno con chocolate. Gracias al esfuerzo, pasión y amor con que mi abuelita creó este jardín, puedo decir que los días más inolvidables de mi niñez fueron ahí.

A ella le encantan las flores, en especial las rosas, así que su casa siempre la ha mantenido llena de flores magníficas de todos colores. En el sol brillan como un arcoíris, con unos olores dotados de perfume de rosas y frutas. Su jardín también tenía árboles florales y frutales. Los árboles frutales daban guache, limas, limones, guayabas, manzanas verdes, rojas y amarillas, mandarinas, naranjas, y mi fruta favorita, las granadas. El árbol de granadas es el más grande al centro del jardín. Podría quedarme sentada sobre su rama y comer de su fruto todo el día, pero, por supuesto, mi abuelita no me lo permitiría. Ya me la imagino diciendo: “¡Bájese de allí, chamaca traviesa!” Como el árbol de granadas estaba al centro, todas las convivencias se hacían bajo sus ramas. Yo y mis primos corríamos sin parar por el infinito bosque de rosas y siempre terminábamos junto al grueso tronco del granado.

Ella mantenía el jardín relumbrante, y se fijaba hasta en el más mínimo detalle; todo lo hacía con un esmero e incomparable escrupulosidad. En el immenseo espacio del rancho también sembraba maíz, frijol y cacahuetes; al igual, llegó a tener cerdos, vacas, burros, caballos, gallinas, gallos, perros y gatos. Tener bastantes plantas y animales toma mucha determinación y energía. Ella era como un remolino cuando salía a regar sus plantas, apresurándose de un extremo al otro sin detenerse bajo el ardiente sol que quemaba con sólo verlo, pero esto no le impedía nada.

Mi abuelita aún se levanta a las cinco de la mañana para atender a sus hermosuras en el jardín. Aunque tenga dolor de cabeza y coyunturas, prefiere taparse la cabeza con un rebozo y salir a regar sus plantas que quedarse recostada en la cama. Ella siempre está haciendo algo; rara es la vez en que alguien la encuentra sentada.

Al pasar de los años, se vendieron algunos animales y se fueron disminuyendo las plantas. Aunque la carga de los años es una dificultad, no deja que su edad la venza; ella sigue fuerte, llena de vida y con infinita determinación para preservar su relumbrante y preciado jardín. Ya no es tan independiente, pero con la ayuda de mi tía sigue sembrando maíz, frijol y cacahuetes. Aun florece el jardín con los maravillosos olores que complacen a mi abuelita cuando pasa por en medio con su bastón. Ve el abundante fruto de sus árboles crecer y recuerda las extraordinarias memorias que se crearon bajo las ramas del granado que regó con tanto esmero y amor.